

Vivir, pensar y actuar como Heberto Castillo.

Andrés Manuel López Obrador.

Estamos aquí para recordar la vida de un gran mexicano, que es honra de la tierra en que nació, en que vivió y en que murió. Que es honra de México.

Si muchas y variadas herencias le deja Heberto Castillo al país, la más importante es su vocación inquebrantable de luchador por los derechos de los pueblos. Si existe algo parecido a la ingeniería democrática, Heberto la ejerció al poner las bases, los cimientos sólidos para la transición a un país de elecciones libres y de combate a las desigualdades; el país que tendrá que venir, al que Heberto Castillo amó y sirvió apasionadamente.

No vio terminada su obra, pero México entero, nosotros todos, estamos al tanto: la democracia se construye también con vidas ejemplares; antes que una realidad legal y política, la democracia empieza por ser una suma de conductas generosas, dignas y lúcidas.

Heberto buscó la paz y la justicia toda su vida, desde las luchas estudiantiles de 1968 hasta el cese de la amenaza bélica en Chiapas. Heberto Castillo siempre supo que sin unidad no hay patria, sin democracia no hay justicia, sin legalidad no hay paz, la esencia de toda convivencia civilizada.

La fama de Heberto Castillo le viene en primer término de participar en la construcción de movimientos y partidos. Sin embargo, este mexicano excepcional sólo militó a fin de cuentas en un partido, el partido de todos, ese gran partido que es la patria mexicana. La línea recta que une su incansable edificación de organizaciones, es la defensa de la soberanía nacional que él complementó con el rechazo de la desigualdad. Un país soberano no puede ser un país injusto.

No hubo incongruencias entre sus actos y sus palabras porque fue un hombre de principios y no se doblegó jamás, ni en la cárcel ni ante las persecuciones y el asedio del poder. Inició su lucha contra un sistema degradado y degradante cuando los opositores auténticos arriesgaban sus vidas y las de sus familias.

Por ello, nuestro reconocimiento a su esposa y a sus hijos, por el valor, la gallardía y el amor con el que compartieron con Heberto sus anhelos, sus convicciones y sus luchas contra el sistema político imperante, que terminó reconociéndolo de dientes para fuera al convencerse de lo inútil de calumnias y ninguneos.

El legado político e ideológico de Heberto a nuestro partido es enorme. Antes que nada, todos aplaudimos esa lección de desprendimiento y compromiso con la democracia: su acción de declinar su candidatura presidencial en favor del ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas.

Ha muerto el ingeniero Heberto Castillo, pero sus ideales democráticos se abren paso por todos los rincones de México. Su desaparición física es un gran dolor del PRO, sino de todo el pueblo mexicano, ya que él luchó por tener una nación para todos, no sólo para unos cuantos.

Seamos mejores, viviendo, pensando y actuando como lo hizo Heberto Castillo. Cuando las contradicciones y avatares de la lucha política nos generen disyuntivas aparentemente insalvables, sólo preguntémonos: ¿Qué hubiera hecho Heberto Castillo en esta situación?

Un partido se edifica con ideas y ejemplos, y las primeras encarnan generosamente en los segundos. Como muchos otros perredistas desaparecidos, Heberto le dio un sentido cotidiano y profundo a nuestra consigna: ¡Democracia ya. Patria para todos!